

Debate

Teoría volcánica

por John Holloway

Para nosotros que vivimos en Puebla, el Popocatepetl es un punto de referencia constante, visual y teóricamente.

El volcán es una belleza. Su belleza se encuentra no solamente en lo que se ve (la cumbre nevada, el humo levantándose de la nieve) sino en lo que no se ve: el corazón reprimido pero rebelde. Es el contraste que nos atrae, el contraste entre lo frío y lo caliente, entre la nieve por fuera y el horno por dentro, la pasividad tranquila del exterior y la actividad frenética interna, la previsibilidad aparente por fuera y la imprevisibilidad total por dentro. Sobre todo, el volcán es testigo constante de la fuerza de lo reprimido.

Aquí, cerca del volcán, no hay ningún lugar para 'la melancolía de la izquierda' tan cultivada por los académicos, el estudio del capitalismo como queja, las denuncias constantes de los destrozos del neoliberalismo, el llanto incesante acerca de la injusticia. Aquí, donde las entrañas hirvientes del volcán amenazan con desbordar en cualquier momento, lo único que podemos hacer es poner de cabeza la melancolía de la izquierda, preguntarnos por el hervor social, enfocarnos no en la dominación sino en el corazón reprimido pero rebelde de la sociedad. No es un preguntar neutro, objetivo sino un preguntar subjetivo, ya que en el volcán nos reconocemos a

* Profesor investigador del Posgrado de Sociología del ICSyH-BUAP.

Bajo el Volcán

nosotros. Nosotros somos el corazón reprimido pero rebelde. Pensar volcánicamente es tomar esta rebelión como punto de partida y tratar de entender nuestra fuerza.

II

¿Cómo podemos explorar la fuerza de lo reprimido, nuestra fuerza?
¿Cómo podemos investigar la inestabilidad de la sociedad?

Cualquier estudio que se enfoca en la fuerza de lo reprimido es un estudio crítico. La sociedad se nos presenta como sociedad estable (o inestable dentro de ciertos límites estables) y nos pide que la investiguemos objetivamente, como si nos encontráramos afuera de ella, como si estuviéramos indiferentes a la posible auto destrucción de la humanidad. Tomar como punto de partida la naturaleza volcánica de la sociedad, enfocar la inestabilidad del “orden” social, es ya tomar partido, declarar un interés en cambiar la sociedad radicalmente.

Nuestro movimiento volcánico, nuestro sentimiento de estar reprimidos pero rebeldes, surge de nuestra experiencia directa e indirecta: la experiencia de la represión en el trabajo y en la vida, la experiencia de presenciar los horrores y la violencia de un mundo grotescamente injusto, la participación en una humanidad que se está extinguiendo. Denunciar simplemente las injusticias del mundo, subrayar lo malo del capitalismo, es extremadamente ambiguo. A través de la denuncia del poder y de la dominación, fácilmente terminamos pintando un mundo tan negro que parece que no hay ninguna salida, ninguna esperanza. En contra de nuestras intenciones, terminamos poniendo un candado a un mundo cerrado en lugar de abrirlo, fortaleciendo así el poder que queríamos criticar.

El Popocatepetl es para nosotros un recuerdo constante de que no podemos asumir la estabilidad de la dominación, de que tenemos que empezar no desde la dominación sino desde la insubordinación, no desde el equilibrio sino desde el desequilibrio, no desde el poder sino desde el anti-poder. Lo que está dentro del volcán es *cualitativamente* diferente de lo que está afuera. Lo de afuera es frío y estable; lo que está adentro es caliente y volátil. Lo de afuera

contiene, lo de adentro amenaza todo el tiempo con explotar, desbordar. Si el poder está afuera, lo que está adentro no es poder ni contra-poder, sino anti-poder, algo bien diferente.

La categoría de “poder”, como el volcán, oculta un antagonismo. Tiene un núcleo emancipatorio que corresponde a la idea del *potencial* humano, del desarrollo de la subjetividad, del poder hacer. En el capitalismo, sin embargo, el poder en este sentido existe en la forma de su negación: para hacer algo en el mundo capitalista, mando a otros, les quito su subjetividad, subordino su potencial y su poder hacer a mi mando. El poder existe pues como dominación, como represión del poder hacer. El poder hacer que se quiere emancipar de la dominación no es una dominación nueva sino algo bien diferente: una re subjetivación del sujeto en lugar de su des-subjetivación. Por eso lo llamo anti-poder. Designar los dos movimientos opuestos por el mismo término (‘poder’) oculta el antagonismo y contribuye a la reproducción del poder-como-dominación y al cerrazón del mundo.

El anti-poder no es evidente en la superficie de la sociedad. La televisión, los periódicos, los discursos de los políticos no dan ninguna indicación de su existencia. Para ellos, la política es la política del poder, el conflicto político tiene que ver con ganar el poder, la realidad política es la realidad del poder. Para ellos, el anti-poder es invisible.

Si vemos más de cerca, sin embargo, si miramos más allá de los noticieros en la televisión, más allá de los periódicos, más allá de los partidos políticos y las instituciones, podemos ver un mundo de lucha: los municipios autónomos de Chiapas, los estudiantes de la UNAM, la ola de acciones contra el poder del dinero que tuvo lugar en todo el mundo el 18 de junio pasado, las protestas dramáticas contra la reunión de la Organización Mundial de Comercio en Seattle, las luchas de los ‘sin papeles’ en Europa, las luchas de los electricistas en contra de la privatización, etc., etc. Hay todo un mundo de lucha extra institucional, un mundo de luchas no por el poder sino contra el poder. Hay un mundo de luchas que a veces no dicen más que “¡No!” pero que muchas veces en el proceso de decir “¡No!” de-

Bajo el Volcán

sarrollan formas de autodeterminación o articulan conceptos alternativos de cómo debería ser el mundo. Estas luchas, si se reportan en los medios, están filtradas a través de los lentes del poder, visibles nada más en cuanto tienen un impacto en la política del poder.

El primer problema en hablar del anti-poder, de la insubordinación reprimida que hierve dentro del volcán, es su invisibilidad. Es invisible no porque no existe sino porque los conceptos a través de los cuales miramos el mundo son conceptos de poder. Para ver el anti-poder necesitamos otros conceptos.

Todos los movimientos rebeldes son movimientos en contra de la invisibilidad. El ejemplo más obvio, tal vez, es el caso del movimiento feminista, donde gran parte de la lucha ha sido una lucha para hacer visible lo que antes era invisible: hacer visible la explotación y la opresión de las mujeres, pero, más que eso, para hacer visible la presencia de las mujeres en el mundo, para re escribir una historia en la cual su presencia había sido en gran parte eliminada. La lucha por la visibilidad (que es al mismo tiempo la lucha por la memoria) es también central para el movimiento indígena actual. Los zapatistas se ponen el pasamontañas para que los vean: “para que nos vieran, nos cubrimos la cara”, dicen, “nuestra lucha es la lucha de los sin rostro”. Pero hay que hacer una distinción aquí. El problema del anti-poder no es cómo emancipar a una identidad oprimida (las mujeres, los indígenas) sino cómo liberar a una no identidad¹ oprimida, al ‘no’ común y corriente, cotidiano, invisible, al retumbo de la subversión mientras caminamos en la calle. Si le damos una identidad al descontento —“nosotros somos mujeres”, “nosotros somos indígenas”— le estamos imponiendo ya una limitación, una definición. De ahí el significado del pasamontañas zapatista que nos dice no solamente “nosotros somos indígenas y estamos luchando por el reconocimiento de nuestra identidad” sino también, y mucho más profundamente, “nuestra lucha es la lucha de la no identidad, la lucha de lo invisible, de lo sin rostro”.

El primer paso para superar la invisibilidad es voltear el mundo de cabeza, pensar el mundo desde la perspectiva de la lucha. La

inversión de la polaridad abre un nuevo horizonte de visibilidad. A través del trabajo de los sociólogos, historiadores, antropólogos (etc.) radicales, hemos aprendido a estar más conscientes de la omnipresencia de la oposición al poder, en el lugar de trabajo, en el hogar, en las calles. Se ha abierto una nueva sensibilidad, generalmente asociada con luchas contra la invisibilidad y tomando estas luchas como punto de partida de la investigación (el movimiento feminista, el movimiento gay, el movimiento indígena, etc). El reto de la sensibilidad del investigador está bien planteado por un proverbio de la Etiopía que cita Scott:² “Cuando el gran señor pasa, el campesino sabio hace una reverencia profunda y lanza un pedo silencioso”. Para los ojos, oídos y nariz del señor, el pedo del campesino es totalmente imperceptible. Para el campesino mismo, para otros campesinos y para los que toman como punto de partida el antagonismo del campesino hacia el señor, el pedo es más que evidente. Es parte de un mundo escondido de insubordinación, escondido, sin embargo, solamente para los que ejercen el poder y para los que, por su educación o su conveniencia, aceptan las anteojeeras del poder.

La materialidad del anti-poder se encuentra no solamente en las luchas de *quienes* están reprimidos sino también en la pelea de *lo que* está reprimido. Aquí hay tal vez un problema más profundo de visibilidad. Mientras que *los que* están en revuelta son relativamente visibles, *lo que* está en revuelta puede ser más difícil de distinguir. El reto teórico es poder mirar a la persona que camina junto a nosotros en la calle o que está sentada junto a nosotros en el autobús y percibir el volcán sofocado dentro de ellos. Vivir en una sociedad capitalista no nos convierte necesariamente en insubordinados, pero sí necesariamente implica que nuestra existencia está desgarrada por el antagonismo entre subordinación e insubordinación. Vivir en el capitalismo quiere decir que la nuestra es una existencia antagónica. No es simplemente que estemos de un lado del antagonismo entre las clases sino que también el antagonismo clasista divide a cada uno de nosotros. Puede ser que no seamos rebeldes, pero inevitablemente la rebelión existe dentro de nosotros, como

Bajo el Volcán

volcán sofocado, como proyección de un futuro posible, como la existencia actual de lo que todavía no³ existe, como frustración, como el principio del placer⁴ reprimido, como la no-identidad que ante la insistencia repetida del capital y del Estado capitalista de que somos trabajadores, estudiantes, esposas, mexicanos, franceses, irlandeses, contesta “no somos, no somos, no somos, no somos lo que somos y somos lo que no somos”. Este es el significado del concepto de la dignidad: la rebelión que existe dentro de cada uno, la lucha por la humanidad que nos está negada, la lucha en contra de la mutilación de la humanidad que somos. La dignidad es una lucha intensamente vivida que llena el detalle de la vida cotidiana. Muchas veces la lucha de la dignidad no es abiertamente insubordinada sino más bien simplemente el intento de vivir una vida no subordinada, muchas veces se entiende como algo privado que no es en ningún sentido político o anticapitalista. Sin embargo la lucha no subordinada por la dignidad es el sustrato material de la esperanza.⁵ Es el punto de partida, teóricamente y políticamente.

El anti-poder no existe, pues, solamente en las luchas abiertas y visibles de los insubordinados. Existe también, de forma problemática y contradictoria (pero toda lucha es problemática y contradictoria), en las frustraciones cotidianas de todos, en la lucha cotidiana para mantener nuestra dignidad ante el poder, la lucha cotidiana para retener o reafirmar el control sobre nuestras vidas. El anti-poder se encuentra en la dignidad de la existencia cotidiana. El anti-poder está en las relaciones que formamos todo el tiempo, relaciones de amor, de amistad, de compañerismo, comunidad, cooperación. Obviamente, dada la naturaleza de la sociedad en la cual vivimos, estas relaciones están impregnadas por el poder, pero el elemento de amor, amistad, compañerismo, etcétera consiste en nuestra lucha constante para establecer estas relaciones no como relaciones de poder sino como relaciones de reconocimiento mutuo de la dignidad de cada quien.

El pedo del campesino en el proverbio no tira al señor de su caballo, seguro, pero forma parte de un sustrato de negatividad

que, aunque generalmente invisible, puede explotar en momentos de tensión social. Este sustrato de negatividad es la materia de la cual están hecho los volcanes sociales. Esta capa de no-subordinación inarticulada, sin rostro, sin voz, es la materialidad del anti-poder, la base de la esperanza.

La omnipresencia de la no subordinación no es solamente la esperanza para el futuro, sino también la debilidad actual de la dominación, la contradicción del capital. Aquí encontramos otra barrera de visibilidad, una que no está superada por la sociología radical, como ésta normalmente se concibe. La sociología radical, en tanto se enfoque en la insubordinación, se centra en el sujeto de la insubordinación. Sin embargo, la insubordinación es parte de una relación. La insubordinación tiene sentido sólo en el contexto de la subordinación. Para investigar la materialidad de la insubordinación, por lo tanto, tenemos que enfocarnos no sólo en lo insubordinado sino también en la manera en que la insubordinación se refleja dentro de la subordinación. Está claro que el poder penetra el anti-poder, que nosotros, el corazón reprimido pero rebelde del volcán, estamos dañados por la represión; pero lo contrario también es cierto. Si el poder se reproduce dentro de su negación, el anti-poder, es igualmente cierto que el anti-poder se reproduce dentro de su antítesis, el poder.

III

La penetración del poder por el anti-poder es la substancia de la teoría de la crisis.

La idea de que la teoría de la crisis es importante como apoyo a la lucha en contra del capitalismo no es nueva. Dentro de la tradición marxista siempre se ha planteado que el marxismo fortalece la lucha por el socialismo mostrando que la posibilidad de construir otro tipo de sociedad radica ya en las contradicciones del capitalismo, y que estas contradicciones se concentran en la crisis. Los marxistas siempre han visto en la crisis una confirmación de que no estamos solos.

Bajo el Volcán

Sin embargo, hay dos maneras de entender este 'no estamos solos'. La tradición ortodoxa ve en la crisis una expresión de las contradicciones objetivas del capitalismo: no estamos solos porque las contradicciones objetivas están de nuestro lado, porque las fuerzas de producción están de nuestro lado, porque la historia está de nuestro lado. Desde esta perspectiva, nuestra lucha encuentra su apoyo en el desarrollo objetivo de las contradicciones de la economía capitalista. Cuando las contradicciones se manifiestan en una crisis, se abre una oportunidad para la lucha, se abre la posibilidad de convertir la crisis económica en crisis social y de crear la base para la toma revolucionaria del poder. El problema con este enfoque es que tiende a deificar la economía (o la historia o las fuerzas de producción), creando una fuerza más allá de la agencia humana que será nuestra salvadora. Además esta idea de la crisis como expresión de las contradicciones objetivas del capitalismo es el complemento de una concepción que ve la revolución como la toma del poder en lugar de ver en la crisis y en la revolución una desintegración de las relaciones de poder.

La otra manera de ver este 'no estamos solos' es la de entender a la crisis como expresión de la fuerza de nuestra oposición al capital. No hay 'contradicciones objetivas': nosotros y sólo nosotros somos la contradicción del capitalismo. La historia no es la historia del desarrollo de las leyes de la producción capitalista sino la historia de la lucha de clases. No existe ningún dios, ni el dinero ni el capital, ni las fuerzas de producción, ni la historia. No necesitamos ningún dios, nosotros somos los únicos creadores, los únicos salvadores posibles, los únicos culpables. La crisis, entonces, se tiene que entender no como una oportunidad que nos presenta el desarrollo objetivo de las contradicciones del capitalismo, sino como expresión de nuestra fuerza, de nuestra capacidad de dismantelar las relaciones de poder. En este caso se vuelve posible pensar en la revolución no como la toma del poder sino como el desarrollo del anti-poder que ya existe como substancia de la crisis.

Pero ¿cómo podemos decir que la crisis es la expresión de la fuerza de nuestra oposición al capital, sobre todo ahora cuando la

clase trabajadora ha sufrido tantas derrotas masivas en los últimos veinte años? Aquí también hay dos formas de contestar. El primer enfoque considera que la crisis es el resultado de la lucha abierta: el argumento es que, a pesar de las derrotas muy reales de la clase trabajadora y de los movimientos revolucionarios, también se han dado muchísimas luchas de todo tipo en contra de la dominación capitalista, de las cuales dos de las más importantes son sin duda el movimiento de los Sin Tierra en Brasil y el levantamiento zapatista en México.

El segundo enfoque dice que es cierto que ha habido luchas muy importantes en los últimos años, pero que no son suficientes para explicar la crisis actual del capitalismo. Para entender la crisis como expresión de nuestra fuerza, hay que ver más allá de las luchas abiertas y visibles. Hay que ver lo invisible (y por eso, claro, es necesario ver el mundo con ojos volcánicos). La fuerza de nuestras luchas se tiene que entender en el contexto de la dinámica de la relación de lucha entre el capital y el trabajo. La clave para entender esta dinámica es el hecho de que el capital depende del trabajo para su existencia. Si el capital no logra convertir la actividad de la gente en trabajo para el capital, entonces deja de existir. Esta es una relación dinámica en la cual el capital trata todo el tiempo de liberarse de su dependencia con respecto al trabajo. ¿Por qué? Porque los trabajadores son poco confiables, porque los subordinados siempre son insubordinados. El capital huye de la insubordinación del trabajo (lo que Marx llama “la mano rebelde del trabajo”), ya sea buscando formas de expandirse sin tener contacto con el trabajo (como en la especulación financiera), ya sea remplazando al trabajo vivo con máquinas (que son más confiables, más subordinadas). Esto es lo que Marx llama la producción de plusvalía relativa, es decir la reducción progresiva del papel del trabajo vivo en la producción.

La huida del capital ante el trabajo, sin embargo, trae nuevos problemas consigo. Ya que la única manera que el capital en su conjunto tiene de expandirse es a través de la explotación del trabajo vivo, la eliminación relativa del trabajo del proceso de expan-

Bajo el Volcán

sión del capital implica que el capital necesita intensificar la explotación constantemente: si no lo hace, cae la tasa de ganancia, como indicó Marx en su discusión de la caída tendencial de tasa de ganancia. Para intensificar la explotación del trabajo, el capital necesita intensificar no solamente el proceso de trabajo, también tiene que intensificar la subordinación de todas las condiciones sociales que lo rodean y sobre las cuales depende la conversión de la vida en trabajo capitalista. El capital depende para su existencia, entonces, no solamente del trabajo subordinado sino de la intensificación constante de la subordinación. Lo que se manifiesta en la crisis es la incapacidad por parte del capital de imponer suficientemente la intensificación de la subordinación que la reproducción del capital requiere. Esta incapacidad resulta no sólo de la oposición abierta al capital sino también de la no subordinación silenciosa, de la determinación de la gente a vivir una vida que ellos consideran humana, la negativa silenciosa, cotidiana a convertirse en máquina. Esta no subordinación no aparece abiertamente como rechazo a la subordinación: aparece más bien en forma fetichizada como contradicción económica, como problemas de productividad, como inflación, como caída de la tasa de ganancia, en breve como crisis.

IV

Se puede decir que una crisis existe cuando la insubordinación o la no subordinación de la vida humana obstruye la intensificación de la explotación necesaria para la reproducción del capital a tal punto que la rentabilidad del capital es seriamente afectada. A través del proceso de crisis, el capital busca reorganizar su relación con el trabajo de tal forma que se restaure la tasa de ganancia. Esta reorganización implica la movilización de lo que Marx llama las contratendencias a la caída tendencial de la tasa de ganancia. Esta movilización de las contratendencias incluye típicamente quiebras, desempleo, recortes salariales, restricciones a los derechos sindicales, la intensificación del trabajo de los que todavía tienen empleo, una intensificación de la competencia entre capitales y de los conflictos entre estados, re-

cortes en el gasto público en educación, salud y seguro social, un cambio por lo tanto en la relación entre jóvenes y viejos, entre mujeres y hombres, entre niños y adultos, un cambio también en la relación entre diferentes aspectos de nosotros mismos, etc. En la medida en que el capital logra imponer los cambios que requiere resulta un nuevo grado de subordinación de la vida al capital.

Todo el proceso de crisis implica un enfrentamiento directo entre el capital y el trabajo, o entre el capital y la insubordinación o no subordinación de la vida. Este enfrentamiento trae riesgos para el capital: el enfrentamiento podría conducir no a una subordinación mayor sino a una insubordinación más abierta y una intensificación de los problemas del capital: los conflictos actuales en las universidades mexicanas son un ejemplo. Los peligros de un enfrentamiento abierto son aún más evidentes desde la perspectiva de los capitales individuales o de los estados individuales, los cuales corren el riesgo de perder en la competencia intensificada que un enfrentamiento abierto implica. El capital, por lo tanto, puede tener un interés en evitar o modificar la confrontación con las fuerzas de la insubordinación.

La manera principal de evitar el enfrentamiento directo es a través de la expansión del crédito. Los capitales en dificultades tratan de sobrevivir a través de préstamos. Los gobiernos que tienen problemas económicos y sociales tratan de evitar enfrentamientos con la población a través de préstamos. Los trabajadores tratan de aliviar los efectos de la crisis incipiente a través de préstamos. Todos tratan de extender el valor más allá de sus límites. El aumento de la demanda por el crédito se junta con los problemas causados por la insubordinación en la producción para crear una situación en la cual se vuelve más atractivo para muchos capitales invertir su dinero en los mercados financieros que en la producción. La expansión del crédito se puede ver como un aspecto normal de la crisis. En lo que se podría llamar la crisis clásica, la expansión del crédito llega a un punto en que, por falta de confrontación con la insubordinación, no hay producción suficiente para

Bajo el Volcán

pagar las deudas y más y más deudores no pueden cumplir con sus pagos, los acreedores empiezan a quebrar y la crisis estalla en toda su intensidad, con toda la confrontación social que esto implica. Este proceso clásico de crisis será modificado, sin embargo, si existe algún 'prestamista de último recurso' que pueda mantener la expansión del crédito de tal forma que se evite el colapso.

La expansión del crédito pospone o prolonga el proceso de enfrentamiento entre el capital y la insubordinación. También modifica el proceso de crisis en dos aspectos importantes. Primero introduce un elemento de control consciente o de administración en el proceso. Los bancos, por ejemplo, no siguen el dictado ciego del mercado en su tratamiento de los deudores morosos. Discriminan entre deudores, dandoles más espacio a algunos (los deudores más grandes, los amigos tal vez o los que vienen de un entorno social aceptable), usando la amenaza de la coacción para imponer la disciplina en otros (un plan de pagos mensuales, o si no...) usando la coerción inmediata en otros casos para recuperar la deuda (a través del embargamiento de casas, de coches, forzando bancarrotas, etc.). En segundo lugar, sin embargo, la expansión y la administración de la deuda no implican que todo el proceso se vuelva más predecible: al contrario, el aumento en la movilidad del capital que la expansión de la deuda implica hace que todo el proceso de crisis se vuelva más volátil.

v

Los últimos cincuenta años han visto un cambio en la forma de la crisis. Como resultado de la intensa ola de lucha asociada con la revolución rusa y de la destrucción enorme provocada por la crisis de 1929-1945, hubo un cambio importante en el patrón de enfrentamiento entre el capital y el trabajo (o, más generalmente, entre el capital y la insubordinación). La expansión del crédito ha llegado a ser un aspecto tan central en el proceso de crisis que es imposible hablar de la crisis sin hablar del crédito. Los estados del mundo, individualmente y en conjunto, han asumido cada vez más activamente el papel de 'prestamista de último recurso', interviniendo

para promover y mantener la expansión del crédito cada vez que un colapso del crédito amenaza con provocar una disrupción social grave. Los estados asumieron este papel primero bajo la presión social intensa y con el apoyo teórico de las obras de Keynes y otros. Cuando la situación cambió y con ella la marea de la teoría económica, los estados encontraron que la expansión del crédito se había vuelto una parte tan central en el funcionamiento del sistema que una restricción aguda del crédito hubiera provocado un desastre social. Esa fue la lección de la llamada crisis de la deuda de 1982, cuando el intento por parte del gobierno estadounidense de restringir el crédito por medio de un alza en la tasa de interés provocó la amenaza en la suspensión de pagos por algunos de los deudores mayores (México, Argentina, Brasil), lo que hubiera podido destruir gran parte del sistema bancario mundial. Desde entonces, el papel del crédito y de la deuda en la reproducción del capital se ha vuelto más y más central. Esto se puede ver sobre todo en el crecimiento explosivo de los mercados de los derivados, de los bonos y de las acciones en los años ochenta y, aún más, en los noventa.⁶

Esta expansión del papel del crédito tiene dos consecuencias que son cruciales para la comprensión de la situación actual. En primer lugar, significa que los intentos de administrar la crisis por medios políticos adquieren una nueva importancia. A nivel nacional e internacional, la confrontación con la insubordinación está manejada selectivamente. Al igual que un gerente de banco ante el problema de la cartera vencida, los estados y las agencias internacionales tales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o el Grupo de Siete discriminan entre los deudores. Dependiendo de su posición y de las consecuencias posibles de una coerción abierta (y de su voluntad de participar en las aventuras militares de la OTAN), los estados deudores son tratados con más o con menos indulgencia. En todos los casos se usa la deuda, que es normalmente expresión directa o indirecta de una falta de subordinación, para imponer la disciplina social, la subordinación a la lógica del capital, aunque no siempre con éxito.

Bajo el Volcán

A pesar de los elogios al mercado por parte de la gente que maneja y apoya este proceso de la administración de la deuda, esta última se encuentra muy lejos de ser la operación del mercado. Justo lo contrario: la administración de la deuda que ahora juega un papel tan importante en el mundo surge precisamente porque la operación libre del mercado daría lugar a un nivel tan elevado de confrontación social, a una ola de insubordinación tan fuerte, que la sobrevivencia del capitalismo se pondría en duda. Lo que ha tomado su lugar es una confrontación administrada en la cual los administradores de la deuda toman solamente las medidas que ellos consideran social y políticamente factibles. El resultado es una crisis pospuesta, prolongada, fragmentada, en la cual se evita el enfrentamiento total y las implicaciones completas de la crisis se sienten solamente en ciertos países y regiones, mientras que los otros disfrutan lo que se llama prosperidad. El impacto de la crisis siempre es dispar, ya que algunos de los países y capitales salen ganando del conflicto que implica la crisis, pero estas disparidades se acentúan por el papel que juega la administración de la deuda. En algunas áreas hay caídas catastróficas del nivel de vida, mientras que en otras se habla de la 'economía de Ricitos de Oro' y de un 'nuevo paradigma' en el cual el problema de la crisis está resuelto.

La administración de la crisis oculta un problema para el capital. En todo este proceso hay nada más una confrontación parcial con la expansión de la deuda y por lo tanto con la insubordinación o no subordinación que el capital necesita eliminar. El capital, para poder alcanzar cierto nivel de estabilidad, tiene que producir más plusvalía, necesita explotar al trabajo más efectivamente, necesita eliminar la insubordinación y la no subordinación que le impide hacerlo. La expansión continua de la deuda sugiere que no lo está logrando. A pesar de las confrontaciones parciales, la reproducción del capital depende cada vez más de la expansión del crédito. En parte esta expansión del crédito está estimulada por el proceso de administración mismo. Los mayores deudores (los estados, las empresas, y sobre todo los bancos grandes) aprenden a través del

proceso de administración que son 'demasiado grandes para que los dejen derrumbarse', que los estados y las agencias internacionales no pueden permitir su colapso, dadas las consecuencias sociales y económicas que tal debacle ocasionaría. Por lo tanto, saben que no importa qué tan irresponsable sea su comportamiento, no importa qué tanto se endeuden en su intento por maximizar a toda costa las ganancias, no importa porque serán rescatados por el Estado o por las agencias internacionales. El intento de imponer la disciplina del mercado socava esta disciplina al mismo tiempo. Este problema es el llamado *moral hazard* (riesgo moral) que ahora está en el centro de la administración de la deuda.

En segundo lugar, la crisis, por el hecho de ser administrada, se vuelve más y no menos impredecible. Sería totalmente falso pensar que la 'administración de la crisis' quiere decir que la crisis está bajo control. Mientras que en los tiempos de Marx la incidencia de la crisis seguía un patrón más o menos predecible, esto no es el caso hoy. La expansión de crédito y el auge en la importancia del capital en forma de dinero que esto entraña significa que hay un aumento enorme en la rapidez y en el volumen del movimiento del capital. En lugar de que la impredecibilidad del capital esté superada, la expansión y la administración del crédito significan que la crisis está mediada por el movimiento rápido y volátil del dinero. De ahí la serie de crisis financieras que han golpeado el mundo en los últimos años: la crisis de la deuda de 1982, el *crac* bursátil de 1987, las crisis hipotecarias y de los bonos chatarra a finales de los años ochenta y principios de los noventa, la crisis tequila de 1994/95, la crisis del sureste asiático de 1997/98, la crisis del rublo de 1998, la crisis samba de 1998. En cada uno de estos casos los administradores han logrado restringir el impacto de la crisis, normalmente con un costo enorme para los afectados; pero en cada caso ha existido el riesgo de una crisis sistémica, de una crisis financiera mundial. Es probable que estas crisis sigan, que se vuelvan más frecuentes y más severas, aunque es difícil saber dónde va a ocurrir la próxima, si será en China o si será el colapso de la bolsa de Wall Street;

tampoco se puede predecir cuándo ocurrirá o hasta qué punto podrá ser contenida por los administradores de la crisis.

Todo eso da miedo si no tenemos presente que no somos las víctimas de la crisis. La crisis prolongada no es nada más que la presencia corrosiva de nuestra negación ordinaria y cotidiana de subordinar nuestra vida al capital. La fragilidad del poder es la manifestación de la fuerza del anti-poder.

NOTAS

¹ Sobre la no-identidad, véase T. W. Adorno, *Dialéctica negativa*.

² James C. Scott, al principio de su libro sobre *Domination and the Arts of Resistance*, Yale University Press, New Haven, 1990.

³ Sobre el Todavía No, véase Ernst Bloch, *Principio Esperanza*, Buenos Aires, Editorial Aguilar.

⁴ Sobre la fuerza revolucionaria del principio del placer, véase Herbert Marcuse, *Eros y civilización*.

⁵ Probablemente nadie ha estado tan sensible a la fuerza y omnipresencia de los sueños reprimidos como Ernst Bloch, quien en los tres tomos del *Principio Esperanza* sigue la huella de las formas múltiples de proyección hacia un futuro mejor, la existencia actual del Todavía No, en los sueños, los cuentos de hadas, la música, la pintura, las utopías políticas y sociales, la arquitectura, la religión: todos testigos de la presencia dentro de todos nosotros de la negación del presente, del impulso hacia un mundo radicalmente diferente, de la lucha para caminar erguido.

⁶ Sobre la expansión de la deuda en los años noventa, véase Peter Warburton, Allen Lane, The Penguin Press, Londres, 1999. Para un desarrollo de varios aspectos del argumento aquí presentado, véase Werner Bonefeld y John Holloway (cord.), *Global Capital, National State and the Politics of Money*, Macmillan, Londres, 1995.